

llegaba tenue, velado, el atronar de las próximas calles. Era un ruido que dulcificaban las ramas al impulso caricioso del remusgo. No muy lejos, más allá de los prados que matizaban de tonos claros los fulgores de los focos eléctricos, las fuentes modulaban su canturía. El lento gotear del agua sobre los tazones escuchábase confundido con el rezo monótono de los grillos, que escondidos en los agujeros de hojas secas ó en las ruinas grietas de los troncos, evocaban algo misterioso y triste. Ni un trino, ni un gorjeo. Los pájaros no estaban allí, y los ojos de Eugenio buscaban los nidos vacíos. Sólo en ocasiones se percibía el taconear de los transeúntes que atravesaban los paseos con inusitada prisa, envueltos en amplios paletós.— Por donde el chico permanecía, no transitaba nadie. Al fondo, tras de sudarios de ramas secas, veíanse los escombros de casas derribadas. De los montones de argamasa y ladrillo, de aquel apilamiento negruzco, surgieron los únicos seres que Linares observara á un paso, desde que se detuvo en aquel sitio: eran un obreiro de anchos hombros, de rostro blanqueado por la cal, que lucía desgarrada camisa de manta, roja faja, y hablaba en voz alta con su mujer, una mocetona

embarazada, marchita, que sostenía en sus brazos á un pequeñín trigueño y alborotador. Pasaron los tres: el hombre charlando tranquilamente, muda la hembra, alegre el niño. Y Linares les siguió con la vista hasta que se perdieron en una vuelta de la calleja, en el boquete abierto en la masa de follaje que dejaba entrever llamaradas de luz vívida y blanca.

Después, el silencio....

El mozo levantó el cuello del mugriento saco. Intensa sensación de frío helábale la nuca. Bien entrado estaba febrero, y, sin embargo, las crudas noches sucedíanse una á una, mezclando rachas que hacían tiritar, á las polvaredas grises que anublaban la atmósfera.

Para disipar el hastío, metió mano en el bolsillo, sacando á continuación la caja de cigarros que comprara el día antes. Miró con tristeza un pitillo medio vacío. ¡Era el último! Ya no compraría más: justo consideraba abandonar los pequeños vicios para dar cima á las grandes necesidades.—Melancólico, veía la lenta ascensión del humo que brotaba de sus labios en azulada espiral desparramándose en el ambiente en tenues hilillos que semejaban la cabellera fantástica

de las hadas. — ¡El también era poeta! ¿Quién no lo es cuando ama y sufre miseria? De temperamento enfermizo, sentíase accesible á las más delicadas emociones. Y creyóse héroe de novela, que á falta de la contemplación de nutritivos manjares, distraía su murria observando el humo que se alejaba, blandamente, hasta desvanecerse. — Y tan enredado estaba en la maraña de sus cavilaciones, que no paró mientes en una figurita alada, rubia, que presurosa avanzaba por la senda orillada de árboles seculares. Suave fru-fru de faldas lo hizo erguir el macilento rostro, y á punto estuvo de lanzar un grito de alegría. Más, conteniéndose, se puso en pie, y sólo dijo en voz baja y trémula, acercándose á ella:

—Antoñita...

La muchacha se volvió, medrosa.

—¡Ay! ¿Es verdad, Eugenio? Mire que me ha dado un susto... Sí; pero un susto bonito, de esos que causan tanta alegría al fin, como sorpresa al principio.

Linares calló, cabizbajo, mirándola de reojo. ¡Qué bella estaba con su sencillo traje negro, que hacía resaltar más la blancura de su cuello y de sus manos! Caído el chal, mostraba su cabecita graciosa, libre de ta-

pujos, sobre la cual el aire revolvía los rizos de oro. Al verla sonriente, con los entreabiertos labios que daban paso al cálido aliento que llegaba hasta él, esperando tranquila con el bulto de ropa bajo el brazo, el chico vaciló, comprendiendo cuán grande era el sacrificio que se imponía. Perplejo, desmenuzaba la colilla humeante entre sus dedos.

—Vaya que no esperaba verle hoy....

—¡Ingrata! Como que por la mañana no saliste á la azotea....

—¿Me tuteas? Mira que tantas confianzas....

—¿No te gusta, Antoñita? Es natural que los que se quieren....

Ella bajó el rostro. Linares, al notar que la mirada de los claros ojos, dulce, insinuante, no se posaba ya sobre él, concluyó con el más persuasivo acento que podía encontrar, dada su tristeza:

—¿Luego, no me quieres?

No respondió la muchacha al instante. Pasado un rato, hubo de murmurar:

—¿Para qué me lo preguntas, si lo sabes mejor que yo?....

Un susurro de hojas agitó el ambiente. A través del escueto ramaje, la fuente conti-

nuaba su plácido murmullo. Los grillos, en sus escondites de césped, no cesaban de repetir su parloteo.—Y los dos, en aquel rincón de naturaleza saturado de aire puro, sintieron que sus almas se acercaban, arrobadas por el mutuo estrechamiento. Cogidos de las manos, dirigieron al tosco banco sombreado por los arbustos. ¡Qué bien se estaba allí! Antoñita lo afirmaba con el pensamiento más que con los labios, y decía para sus adentros:

—Solitos, solitos.....

Después, con fingida seriedad, retiró sus manos de las de Linares, sin hacer caso de las mudas protestas de éste.

—Estése usted quieto, señor mío....

—Antoñita....

—¡Nada de réplicas! Inmóviles esas manos, por que si no....

Y mostraba la calleja obscura, que se perdía allá, en los montones de escombros.—El muchacho hubo de resignarse. Privóse del placer que le prodigaban las manecitas amadas, y poniendo de nuevo el cuello del saco en su sitio, tornó á su mutismo.

—Antoñita, ¡tenía tantos deseos de verte!

—Oye: si no me viste por la mañana, no

fué culpa mía. Doña Manuela, que se perece por los chismes, nos espiaba, y....

—Pero en cambio, recompensado estoy con creces.... Aquí te tengo á mi lado, junto á mí, sola; puedo hablarte, puedo oírte. ¡Ah! mi niña, tú bien sabes que soy tímido, corto de lengua como algunos dicen. Y es que no sé qué me impide expansionarme con los extraños, darles mi corazón, como lo doy á las gentes que quiero....

La rubita escuchábale sin parpadear casi, con gesto afectuoso. Su cara, suavemente velada por girones de sombra, aparecía más dulce, contrastando con la cabellera sobre la cual retozaban rayos de luz.

—Hábleme así, así.... No me explico por qué cuando te oigo tengo más confianza en tí que cuando te miro.

—¿Confías en mí?

—Confiar... no tanto. Dicen que los hombres son muy malos. Yo no lo sé, no lo sé, porque tú eres el primero.....

—¡Quién sabe!....—interrumpió el mancebo con aire de duda.

—El primerito, te lo juro....

¡El primerito! Ya podía mentir la picarona, para que Cristo se lo creyera. Si era el primero y tanto le quería, ¿á qué tales re-

milgos y abstinencias? Hasta aquella noche le concedió la gracia de charlar con ella. ¿Por qué antes no? A ver, que lo dijera.

—Yo no tenía seguridad en tí, Eugenio; yo no estaba cierta de tu cariño. Eras la primera ilusión de mi vida y no quería desvanecerla... Además, son tantos los dimes y diretes que corren en casa, que tuve miedo de que nuestras relaciones anduviesen de boca en boca... Luego, Lena... Y Alberto...

—Pero, niña, pensaste que nuestro amor no pasaría de la azotea y del patio, lo cual es un error.

Intentó mirar de frente á Linares, y dijo con acento de amigable franqueza:

—Dices bien. Pero no fué porque no me simpatizaras. Temía que, en tratándome, no me quisieras como al principio. Tú has estudiado, has visto mucho; mientras que yo soy una tonta, Eugenio, que no sabe más que coser y coser y coser...

¡Bendita muchacha! ¿Para qué deseaba saber más si lo sabía todo? Conocía á maravilla la ciencia de la ternura, la única que no es tenebrosa ni cruel. Así la quería, hacendocita, nada sabihonda; amable, que no

instruida. Y Linares daba paso al borbotón de frases que se le escapaban del alma, destorrentadas, cálidas, elocuentes, con la elocuencia tosca de lo que se siente más bien que se piensa. Pero, á la mitad de su perorata, cuando se oían las campanadas de las ocho, calló de súbito, huraño el rostro, abandonadas las manos sobre el descolorido pantalón, en actitud de rebelde tristeza.

Autoñita se puso en pie de un salto. ¡Las ocho, Dios Santo! ¡Y madame Bernard que estaría impaciente!

Ya iba á partir. Mas, sorprendida del silencio de Eugenio, inclinóse.

—¿Qué tienes?

Linares la contempló largamente. ¡Qué loco había sido! Pensar en la dicha, pensar en el amor, pensar en ella, cuando la vida le reclamaba en otra parte...

—¿Qué tienes? Respóndeme...

De pronto, experimentó cobarde temor. Desbaratar los castillos que la chica se forjara en el entusiasmo de la primera entrevista; lanzarla de la altura en que soñó morir; confesárselo todo, sus amarguras, sus desengaños, sus esfuerzos inútiles, considerábalo como una crueldad.

—Nada, nada... No sé... Niñerías...

—No, Eugenio, á tí te sucede algo, que te niegas á decirme,—repuso sentándose.—Cuéntamelo todo.... Reflexiona en que si lo ocultas, yo no podré estar tranquila; me moriría de pena.

Tornó á coger las manos suaves; y como reconfortado por aquel contacto, procedió á hablar, con voz insegura, que hacía contraste con su jovial tono de antes.

—Yo te he engañado, Antoñita.... No puedo hacerte feliz. De buena gana lo ambiciono, creeme; pero los pobretes como yo....

Ella le observaba fijamente. Sus manos estaban yertas. Leve temblor la sacudía. La brisa, imprimiendo su halago impalpable en los ramajes secos, envolvía la Alameda en un rumor triste. Tras de los setos, oculta por los rosales, la fuente proseguía en su murmullo, que llegaba hasta ellos como un canto lejano.

Antoñita replicó:

—La pobreza.... ¿Qué nos importa? Pobres somos, pobres nos hemos de quedar....

—No, no te ilusiones. El bienestar lo trae consigo el trabajo. Y cuando éste falta aquí, yo necesito, yo me veo obligado á buscarlo en otra parte,

La moza estrechó más entre las suyas las manos de Linares, como si temiese una separación instantánea.

—¡Cómo! ¿Te vas?

El afirmó, taciturno. Después, con el semblante contraído por sorda rabia de impotencia, repitióle la eterna historia, la historia referida día á día al poeta en el café-tín. Y mientras hablaba, fijábanse sus ojos en los zapatos rotos, en el raído traje, en sus prendas deslucidas de bohemio, que mal intentaban disimular su estrechez, no obstante el empeño de amante que en ello ponía.

—Ya ves,—murmuró al último,—mis trazas no son las de un príncipe, ni mucho menos.... El dinero se agota. Llegará día en que para tener pan, me vea obligado á ciertas labores....

Pensaba con horror en un porvenir tan negro é incierto. Criado con relativa holgura, considerábase impotente para arrastrar su existencia en los oficios bajos.—¿Decía ella que hasta los mendigos eran felices? Sí; claro. El vejete que limosnea, siempre topa con caritativa mano. La miseria del pobre, del hombre del pueblo, considerábalas menos triste que la dorada incuria. Este podía buscar el pan en los basureros de la ca-

lle, en los andamios, en las herreras, ensordecido por el golpeteo de los martillos. El pertenecía al número de los impotentes, de los *inhabitados* á tareas de ese jaez. No nacieron sus manos para manejar la escoba ni la barreta: estaban condenadas á los trabajos cultos, propios de su temperamento y de su casta.—Hablabá con febril violencia, con amargura puzante, y cuando inclinó el rostro lívido y flacucho, sintió que dos brazos delgados, de tersura de raso, le estrechaban.

—Antoñita....—musitó con voz temblorosa.

—Eugenio....—respondió la chica con los ojos arrasados de lágrimas.

Y permanecieron en silencio, estrechándose, como si apurasen con fruición las delicias de aquel abandono precursor de la ausencia. El buscó sus labios; ella le rechazó débilmente, como si en el beso adivinara el amargor del lúpulo. Con el cuerpecito yerto de frío, la cara pálida, mojados los párpados, reclinábase en el hombro de Linares. Todavía quedaron un momento unidos. En las calles disminuía el ruido: los últimos coches de brillantes cajas, y los simones crujientes de vejez y de polilla, deslizábanse

perezosos. Siluetas de retrasados transeuntes veían pasar rápidas á través del apretado maridaje de troncos. Y en lo alto, en el cielo turbio, cuajado de nubarrones, un cacho de luna, amarillento, dejábase ver á intervalos.

—Vámonos....

—Tan pronto, Antoñita....¡Tan pronto!

Se levantaron. Sentían un escozor angustioso, y mirábanse con ojos nublados.

—Adiós. La marcha no será hoy, ni mañana tampoco. Todavía podré mirarte desde el patio....

No continuó porque la jovea le había vuelto ya la espalda, escondido el rostro entre los pliegues del chal. Alelado, con el sombrero en la mano, la vió ir, sin detenerla. Alejábase con andar lento, cual si llorase. Con el bulto debajo del brazo, avanzaba cada vez más. Ya se fundía en la sombra.... Se paraba.....No, seguía....Y cuando la perdió de vista, hubo de dar algunos pasos hasta sentarse de nuevo en el banco. Apoyados los codos en las rodillas, sin gemir, atontado, estúpido, clavaba los ojos en la arena, que aún conservaba las huellas de los pies adorables.—No se dió cuenta del tiem-

po que transcurriera mientras él se abismaba en sus cavilaciones. La sensación de dolor intenso desvaneciéndose gradualmente, hasta transformarse en un estado de inconsciencia, de sopor. El viento frío que se filtraba por entre las ramas, arreciando á veces hasta levantar oleadas de finísimo polvo, no le hacía apartarse de allí.—Pensó mucho en su novia. Al cabo del fárrago de sus ideas, hallábase el pensamiento ideal: la rubita de soñadores ojos.

Escuchó el sonar acompasado de un reloj.

Una, dos, tres, cuatro... ¡Las once! Se puso en pie, desperezando los ateridos miembros; tomó por uno de los paseos; atravesó la calle...

Cuando entró en el patio, después de haber propinado sendos manazos á la puerta, á fin de que la poltrona de la portera se decidiese á abrirle, encaminóse á su cuarto. Todo permanecía en silencio. Por las rendijas de la ventana de la Ruiz, filtrábase estrias de luz; á través de los cristales de la casa del empleadillo de Fomento, Linares observó que alguien levantaba el visillo con disimulo, y en la sombra que vislumbrara creyó descubrir la cara ojerosa de Eloísa Gómez.

Acordóse de los amores testarudos de la jamona, de los celos de su hermana. ¡Qué lejanos, qué lejanos estaban aquellos tiempos!— Junto á los tiestos de aromosas flores, escuchó el gotear del agua sobre las mojados paredes de la fuente, y en su cerebro surgió vaga, la visión de los despeinados rizos que se reflejaban en el cristal asaetado por rayos de luna.—Miró á la azotea. Reinaba allá la obscuridad. Antoñita estaría despierta en la negrura de su recámara coquetona, en aquel cuartito que tenía algo de su olor y de su gracia. De pronto, furiosos mayidos rasgaban el mutismo que envolvía la vivienda; y la silueta de un gato, alumbrada de súbito por indecisa luz lunar, destacábase de la sombra.

Ya dentro de su habitación, luego de haber encendido la vela que, sostenida por panzuda botella se erguía en la mesa, tendióse cuán largo era en la cama. Con los párpados entreabiertos, soñoliento y cansado, dejó errar los ojos por la pobre mansión que antaño cobijara su vida alegre de estudiante: era un cuartucho estrecho, de irregular forma, alto de techo, de paredes enjabelgadas y carcomida puerta. En el rincón, dormía el centenario baúl, legado de sus abue-

los, de claveteada tapa cuyos goznes no chirriaban desde el día de la llegada. ¿Para qué abrirlo, si nada habría de guardar?—En el lado opuesto, arimada al muro, una mesita de madera blanca ostentaba sobre la cubierta llena de manchas de tinta, tres libracos descuadrados, montones de periódicos de atrasada fecha, un pomito de tinta, portaplumas negruzcos, y, esparcidas, las cuartillas que piadosas recibieran la súbita inspiración de Arsenio Urizar. Clavado en el muro, veíase un grabado, obsequio del poeta: era una mujer desnuda, de suaves líneas, de caderas amplias, que, sedienta de amor, lujuriosa, revolcábase sobre la deshecha cama abandonada por el amante. Pendiente de una percha lucía la única prenda no usada por él: un chaleco blanco de verano. Junto al lecho, el cojo buró no iba en zaga, tocante á lujo, á los restantes muebles. Y escuchaba, allí, bajo su extenuado cuerpo, el crujir de aquel armatoste que le sostenía durante el sueño, y al cual, en el negro pesimismo que le hostigaba, no sabía qué nombre dar. Vagando por el campo de las comparaciones, encontraba cierta analogía entre el cuchitril y su alma. ¡Qué triste era el tal cuarto! Las arañas, tejiendo su tela en los

rinconcillos oscuros, junto al techo, le hacían sentir una emoción de abandono; y suspirando, pensaba que siempre faltó allí la mano graciosa de la mujer, el espíritu diligente que embellece lo feo y emboza lo pobre con ese donaire tan propio de su condición y sexo.—Tan abstraído hallábase en su soliloquio, que no percibió los discretos golpecillos que sonaban en la puerta.

—Eugenio, Eugenio... ¡Qué demonios! ¿Estás dormido ó no quieres abrirme?

—¿Quién es?

—¡Con un diablo! Estoy que no puedo tenerme en pie... ¡Abreme!—Y el poeta, bañado el rostro por la luz parpadeante de la vela, entró con paso inseguro y dirigióse al lecho, no despegando los labios hasta quedar panza arriba, cruzados con beatitud los brazos.

—¿Sabes?—dijo, mascullando la colilla del puro que traía.—Ha sido la gran comilona. Dos duros por cubierto... Y para rematar, ya borrachos, el redactor de un periódico clerical nos ha llevado... ¿A dónde nos llevó?... ¡Ah! A casa de unas chiquillas muy zandungueras, y muy... Bueno. Tú ya me comprendes. A casa de unas prestamistas de encantos... ¡Vaya dos preciosi-

dades! Nos han sacado hasta el último centavo....

Luego, revolviéndose y fumando, como si intentara reunir sus recuerdos, murmuró con voz estropajosa:

—¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras!... ¡Bonita juerga! ¡Ay, ay, ay!... Si yo te confesara... Tenía un cutis... mira, como esa vela de blanco... Y unas caderas... Y unas medias caladas....

Linares, que paseaba pensativo de un lado á otro del tabuco, paróse de pronto.

—Pero, hombre, ¿para qué me estás contando esas cosas?... ¡De humor estoy yo para ofrte!

¡Clarol Ya sabía él con lo que iba á salir. Habíase tornado santurrón indecente. ¿Y todo por qué? Por quedar bien con una marisavidilla. ¡Como si no le conociera! ¿Cuántas habían corrido juntos? Y á continuación desatóse en denuestos en contra del amor ideal. No señor, el amor ideal no existía. Considerábalo como locura romántica. El único, el verdadero amor, el grande amor humano era el carnal, la comunión de los cuerpos. Y si no, allí estaba el maestro Shopenhauer que lo decía:—El amor es la atracción de los sexos.

—No te fíes, amigo Linares... Aunque lleves dentro esa porquería de idealismo, no tardará en morderte la hidra de la carne....

Adormilado, repetía sus frases. Lentamente, el sueño le invadía; y Linares, apoyado de espaldas en la mesa, pensó vagamente en aquella dicha tan cacareada. No, Antofñita no le inspiraba tan brutal amor; no era el deseo el que á ella le unía. Bastábale la contemplación de los claros ojos, de las guedejas sedosas, de los labios paliduchos que daban paso á las frases sencillas, adorables de inocencia, reflejo de un amor, aspiración suprema de una vida. La hidra, la hidra... ¡Si estaría borracho el tal Urizar! Y el poeta, cual si adivinase sus pensamientos, repetía, cuando más embriagado de ideal sentíase Eugenio.

—Necedades... Romanticismos....

Viendo que su amigo dormitaba, Linares echóse de codos sobre la mesa. Distráfa su insomnio mirando temblequear la llama de la bujía, que ora parecía morir, irradiando en torno resplandores débiles, ora se reanimaba, luciendo azulados y amarillentos tonos.—Tenue melancolía infiltrábase en sus pensamientos. Ante la luz temblorosa, reflexionaba en la partida, en la ausencia, en

aquella separación que en el silencio de la noche antojábasele pesadilla.—Con mano trémula, hubo de trazar sobre el papel que brillaba al fulgor de la flama, renglones y renglones. Ella los leería más tarde, en la salita. Escritas llevaba dos carillas; pero, al releerlas, advirtió que carecían de sentido. Cuando semejantes á las níveas palomas que revoloteaban alrededor de la bujía, los menudos pedazos de papel de la misiva esparciéronse por el cuarto, Eugenio Linares volvió á caer en su meditación de antes. Transeurrido un instante, vió un librito pequeño, propiedad del pesimista vate, que de días atrás andaba rodando por la mesa. Cogiólo de mala gana, por matar el tiempo. Por sus cantos mugrientos, colegíase que era uno de aquellos volúmenes devorados por las turbas, que del estante de palo rosa van á dar á los anaqueles de los libreros de viejo.

Abriólo al azar y leyó:

• Primero es un albor trémulo y vago,
R. ya de inquieta luz que corta el mar;
Luego chispea y crece y se dilata
En ardiente explosión de claridad.

• La brilladora luz es la alegría,
La temerosa sombra es el pesar:

¿Ay! en la obscura noche de mi alma,
¿Cuándo amanecerá??

Ahogando un suspiro, volvióse hacia la puerta. Ni un rayo de luz. En el patio, los gatos, ahitos de mutua posesión, habían callado. Muy lejano, escuchó el canto de un gallo. Halagaba sus oídos suavemente, debilitado por la distancia y por el aire. Después, otros cantos respondían á aquel, hasta tocar su turno á *Matasiete*, la alada de bestia de doña Manuela, que pasaba sus noches en el marco del ventanuco.—Sonoro bostezo le sorprendió: era que Urizar daba tregua á su largo sueño, desperpezándose ruidosamente, á pesar de los lastimeros ayes de la vetusta cama.

—Qué tal, ¿has dormido bastante?

El poeta le observó con sus hinchados ojos, hurgándose los párpados.

—Tú no te irás, muchacho.

—¿Qué estás diciendo?

Incorporóse sobre el lecho, mesándose la alborotada melena.

—Tú no te irás.... Tú.... no.... te.... irás.... —añadía, abriendo una bocaza tamaña.

—¡Los vapores aun no se te disipan, hombre!

Arsenio hizo un gesto desdefioso. En seguida, tornando á acostarse, gruñó:

—¡Ah! la incredulidad humana.... No te irás porque ya tienes empleo.... Contí.... Yo se lo dije á Conti.... Don Mauricio Orvañonos, no.... Orvañanos, te dará....

Linares habíase levantado, acercándose con presteza á la cama. Descubríase en su cara enjuta la duda y la esperanza. Sin embargo, no pudo oír más, porque su amigo, reanudando el interrumpido sueño, mascullaba las últimas palabras.

—Arsenio, Arsenio.... Dime.... Despierta....

Le zarandeó de lo lindo. Ni por esas. Urizar era una piedra.

—Por favor, Arsenio....—suplicaba, inclinándose:

—Con mil diablos, déjame dormir.... Orvañanos, Orvañanos te necesita....—Y ahogando un estruendoso bostezo, hundió el rostro en la almohada.

Linares quedóse en pie, extático, frunciendo el ceño.—Por las rendijas de la carcomida puerta, deslizábanse hilillos de luz lívida, que se desvanecían en la semiobscuridad del cuarto. Sobre la mesa, agonizaba la vela,

dejando caer á lo largo de la botella chorros de parafina líquida.

Amanecía.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 EDICION DE 1911

VI

Tornaba doña Manuela de la tienda de la esquina, con los vivarachos ojuelos fijos en tierra, cuando, al entrar en el patio, divisó á Estéfana que, encorvada, con la mugrienta cesta al brazo, descendía de la escalera con paso mesurado, cual si honda preocupación y fatiga la conmoviesen. Detúvose, y, sonriente, mostrando las negras encías desdentadas, esperó la llegada de la doméstica.

—Eh, querida Estéfana, ¿por qué tan tris-tona? Si tiene usted cara de inquina, hija....

La cocinera, habituada á las dulces re-